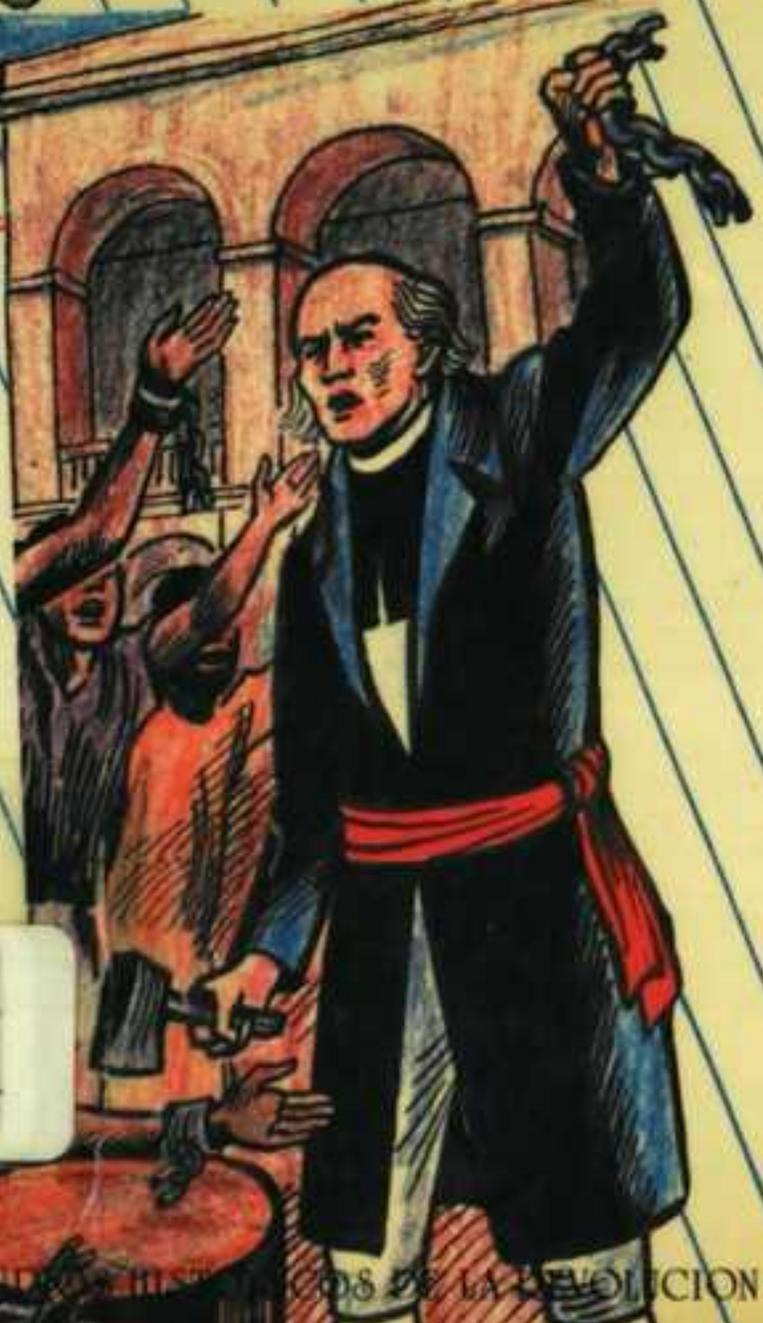


Miguel Hidalgo y Costilla



I
F1232.H53
L818m
1987
EJ.2 (3396)
BTR. No. 1

Miguel Hidalgo y Costilla

LA HACIENDA DEL CORRALEJO

En el estado de Guanajuato, en medio de un poblado de álamos, bañado por el río Turbio, estaba el casco de la hacienda de Corralejo. A este lugar llegó Miguel Hidalgo y Costilla, un pueblo cerca de Toluca, de la administración de la hacienda. Poco tiempo después, conoció a la joven Ana María Gallaga, con la que contrajo matrimonio. Miguel Hidalgo, que nació el 8 de mayo de 1753, tuvieron.

BIBLIOTECA
INEHRM
F1232.453
1.8/8m
1967
Ej. 2
RM-3396

Secretario de Gobernación
Lic. Manuel Bartlett Díaz

Subsecretario de Gobernación
Dr. Fernando Pérez Correa

Patronato del INEHRM
Dr. Juan Rebolledo Gout (vocal ejecutivo)
Lic. Florencio Barrera Fuentes
Sr. Mauricio Magdaleno
Profr. Jesús Romero Flores

Miguel Hidalgo y Costilla

—LA HACIENDA DEL CORRALEJO—

En el estado de Guanajuato, en medio de un valle apacible poblado de álamos, bañado por el río Turbio, estaba el casco de la hacienda de San Diego de Corralejo. A este lugar llegó don Cristóbal Hidalgo y Costilla, originario de Tejupilco, un pueblo cerca de Toluca, para encargarse de la administración de la hacienda. Poco tiempo después, conoció a la joven Ana María Gallaga, con la que contrajo matrimonio. Miguel Hidalgo, que nació el 8 de mayo de 1753, fue el segundo de los cinco hijos que tuvieron.

Al igual que la de todos los niños, la infancia de Miguel transcurrió entre juegos y estudios. Su padre les enseñó a él y a sus hermanos, las primeras letras. El resto del día lo pasaban en el huerto, junto con algunos de los hijos de los campesinos, jugando. Trepaban a los árboles, correteaban lagartijas; pero también aprendían a conocer el campo: cuándo era tiempo de sembrar y cuándo de cosechar, cómo ordeñar vacas y cómo hacer quesos y mantequillas.

LOS HERMANOS HIDALGO SE VAN A VALLADOLID

Cuando Miguel cumplió los doce años su padre decidió enviarlo, junto con su hermano mayor, José Joaquín, a Valladolid (hoy Morelia), para que ambos continuaran sus estudios en un colegio de padres jesuitas. Su madre había muerto cuatro años antes.

Miguel, con tristeza, dejó a sus hermanos y a sus amigos, y a esas tierras que le eran tan queridas. No obstante, le entusiasmaba la idea



de conocer otros lugares, sobre todo la provincia de Michoacán, la cual su padre le había descrito como una región muy hermosa, llena de lagos y bosques.

Habían transcurrido tres años desde que Miguel y su hermano llegaron a Valladolid, cuando la noticia de que el rey de España estaba expulsando de sus dominios a los jesuitas

sorprendió a los habitantes de la Nueva España. Don Cristóbal Hidalgo tuvo que ir a recoger a sus hijos, en vista de que se habían quedado sin escuela. Entonces decidió llevarlos a su pueblo natal, Tejupilco. Ahí los dos hermanos pasaron varios meses en casa de una tía; pero como a Miguel no le gustaba desaprovechar el tiempo, y ya que Tejupilco era una región habitada por indios otomíes, decidió aprender su lengua, la que pasando el tiempo llegó a conocer muy bien.

A fines de 1767, él y su hermano volvieron a Valladolid, para estudiar en el Colegio de San Nicolás.

A los nuevos alumnos, sus compañeros de los años superiores les llamaban "chinchés", y tenían por costumbre ponerles un sobrenombre o apodo. Miguel Hidalgo no se salvó de este rito, ya que le pusieron por mote *el Zorro*.

La disciplina en el colegio era muy rigurosa. La actividad empezaba a las cinco de la mañana, hora en que los alumnos se levantaban para estudiar durante una hora. A las seis oían misa, y al terminar ésta empezaban la primera clase. A las ocho y media les daban el desayuno, para después continuar con sus estudios. Así

hasta las nueve de la noche, hora en que todos se iban a dormir.

Tanto interés y aprovechamiento mostraron Miguel Hidalgo y su hermano José Joaquín que, al cabo de tres años, recibieron el título de Bachilleres en Artes.

Después de varios años terminaron su carrera eclesiástica y el 19 de septiembre de 1778, a los veinticinco años de edad, Miguel Hidalgo fue ordenado sacerdote.

—MIGUEL HIDALGO, MAESTRO EN EL COLEGIO
DE SAN NICOLÁS—

Poco tiempo después, y a pesar de ser muy joven, empezó a impartir varios cursos en el mismo colegio en el que había estudiado.

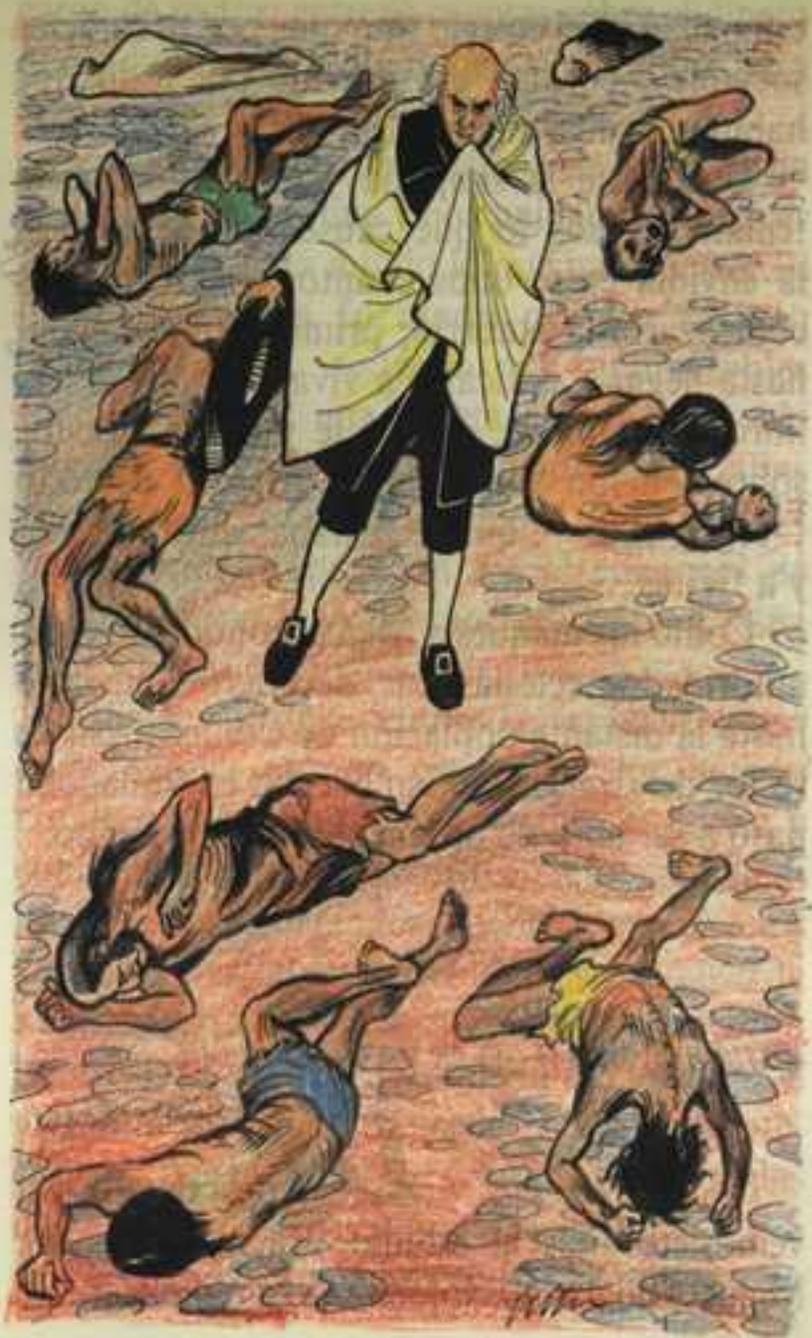
—EL AÑO "DEL HAMBRE Y DE LA PESTE"—

Miguel Hidalgo vio con horror y tristeza cómo miles de personas

morían a causa del hambre y de la peste en 1786, sin que él pudiera hacer algo. Resulta que el año anterior —1785—, por los copiosos aguaceros que hubo, seguidos de fuertes heladas, las siembras fueron destruidas, lo cual originó gran escasez de maíz y de trigo. Lo poco que había los comerciantes lo vendían a precios muy altos, por lo que la gente pobre no podía comprarlo. Como si esto fuera poco, apareció la peste en casi toda la Nueva España, causando gran número de muertes, en especial en la provincia de Michoacán.

—MIGUEL HIDALGO ES NOMBRADO RECTOR—

Al empezar 1790 le informaron a Miguel Hidalgo que, por sus méritos, había sido nombrado rector del Colegio de San Nicolás. Uno de los primeros cambios que hizo fue mejorar el trato y los alimentos que se les daban a los alumnos, haciendo menos rígida la disciplina, con lo que se ganó la simpatía de los estudiantes. Pero no sólo lo



estimaban en el colegio sino que, por su carácter sociable y cordial, era querido por todos los habitantes de Valladolid.

Quizá fue la simpatía y el cariño que le tenían muchos lo que causó que despertara la envidia entre unos cuantos. Sus enemigos comenzaron a atacarlo; primero en voz baja, hasta llegar a criticarlo a viva voz: que si leía libros prohibidos, que si le gustaba discutir sobre religión y política y, lo peor de todo —según ellos—, que le gustaba asistir a bailes y a fiestas.

Como los ataques a Miguel continuaron, las autoridades eclesiásticas decidieron enviarlo hasta la distante población de Colima. Así, de rector del Colegio de San Nicolás en Valladolid pasó a ser cura de un pueblo pobre y lejano.

—MIGUEL HIDALGO SE VA A COLIMA—

Después de dedicar veintisiete años al estudio y a la enseñanza, Miguel Hidalgo se vio obligado a renunciar a su

cargo de rector; entregó cuentas sobre el dinero que administró y abandonó Valladolid para emprender el viaje hacia Colima.

Por su carácter optimista, veía su estancia en Colima como una oportunidad de conocer una tierra distinta a todo lo que había visto. El poblado estaba formado por un caserío de techos rojos, rodeado por innumerables cocoteros y por una vegetación de un verde intenso. Muy cerca del poblado había altas montañas que culminaban en dos volcanes.

En aquella época en los alrededores de Colima se sembraba cacao, añil, arroz, caña de azúcar, frijol, maíz y chile.

Miguel Hidalgo siempre se caracterizó por dejar alguna obra o mejora en los lugares donde estuvo. En Colima arregló la iglesia y consiguió cobre para construir una campana. Le gustaba recorrer los pueblecillos cercanos para visitar a la gente del lugar y propagar la religión entre los indios. También aprovechó la ocasión para ver algo que él desconocía: el mar inmenso que se pierde en el horizonte, con sus playas extensas y limpidas, pobladas de gaviotas.

Después de permanecer ocho meses en

Colima, el obispo le ordenó partir de nuevo a Valladolid. Antes de irse donó al Ayuntamiento la casa que había comprado, para que en ella se fundara una escuela.

—MIGUEL HIDALGO ES ENVIADO A LA
VILLA DE SAN FELIPE—

Pocos días después de haber llegado a Valladolid tuvo que partir una vez más hacia San Felipe, una villa situada hacia el norte, casi en el límite de los extensos desiertos.

Cuando Miguel Hidalgo llegó a este poblado, habitado por quinientas familias de españoles, mestizos e indios, estaba convencido de que jamás volvería a Valladolid, por lo cual hizo venir a dos de sus hermanas —Guadalupe y Vicenta— y a su hermano Mariano para que vivieran con él.

A Miguel Hidalgo le gustaba ir a dar misa a San Francisco y convivir con los habitantes de aquel barrio, fundado por indios. En cuanto



vio la pobreza en la que vivían y lo poco que obtenían de la siembra de sus tierras comenzó a enseñarles a trabajar el barro para que hicieran loza.

Al poco tiempo de vivir en San Felipe su figura era ya muy conocida: vestía de negro, con chaqueta y pantalón de lana, capa de paño, sombrero de ala ancha, zapatos con hebilla y un bastón grande.

A pesar de todo el trabajo que tenía, buscaba que le quedara tiempo para dedicarse a la lectura. Poco a poco fue formando una buena biblioteca. Leía y releía obras sobre diferentes temas: historia de México e historia eclesiástica, política, economía y agricultura, así como poesía y teatro.

Fue precisamente a través del teatro como inició en San Felipe otro de sus pasatiempos favoritos: la convivencia con los demás. Organizaba reuniones en su casa, en las cuales muchas veces se hacían representaciones teatrales de obras traducidas del francés por él, en especial le gustaba una llamada *Tartufo*, del escritor francés Molière.

Su fama de hombre bueno, culto y sabio, y de interesado en los problemas de los pobres crecía cada día.

—DOS GRANDES ACONTECIMIENTOS—

Mientras que no sólo en San Felipe sino en toda la Nueva España la vida transcurría en aquel tiempo bajo una aparente calma, en el resto del mundo dos noticias causaban una honda impresión. Primero, la independencia de Estados Unidos como colonia de Inglaterra y luego, la Revolución Francesa. España, horrorizada, declaraba la guerra a Francia por la muerte del rey Luis XVI y de su esposa María Antonieta.

En Nueva España, el virrey prohibió de inmediato la lectura de libros, folletos y periódicos que llegaran de Francia. Los escritores franceses fueron tachados de herejes.

Sin embargo, a pesar de las amenazas, muchas personas criticaron la falta de libertad que había en la Nueva España y expresaron públicamente sus críticas al gobierno. Se dice que en un café de la ciudad de México se llegó a cantar *La marsellesa*, el himno de la Revolución Francesa.

A muchos se les encarceló y se les siguió juicio por haber dicho que aquí a los indios se les esclavizaba, o que el rey no tenía derecho a poseer estas tierras, o bien que en Nueva España había

desigualdad, porque mientras unos tenían lujos otros eran miserables.

Don Miguel Hidalgo pensaba que los que así hablaban tenían razón. Después de vivir casi once años en San Felipe, al morir su hermano José Joaquín, que era cura del pueblo de Dolores, pidió su cambio a esa población. Su solicitud fue aceptada.

—MIGUEL HIDALGO Y EL PUEBLO DE DOLORES—

A los cincuenta años de edad, Miguel Hidalgo recibió el 3 de octubre de 1803 la parroquia del pueblo de Dolores.

Dolores fue fundado en un sitio llamado por los indígenas Cocomacan, que quiere decir "lugar donde se cazan tórtolas". Empezó siendo una congregación, mas con el tiempo, al aumentar el número de habitantes pasó a ser un pueblo, el pueblo de Dolores.

Al igual que en los otros lugares, en los que había vivido y ejercido el sacerdocio, don Miguel Hidalgo comenzó a transformar la vida del

pueblo. Donó la casa que heredó de su hermano para que ahí se alojara el Ayuntamiento.

La casa que él habitaba constaba de varios cuartos y una biblioteca muy grande; en el patio había un jardín con flores y, sobre todo, con parras. En el trascorral se guardaban caballos, gallos y gallinas.

En un terreno contiguo a la casa, Hidalgo ordenó la construcción de varios talleres de alfarería, de curtido de pieles y de talabartería, así como una herrería, una carpintería y un telar. Y como si esto no fuera suficiente, construyó una casita de campo, a orillas del río, y plantó ochenta moreras, que servirían para la cría del gusano de seda; formó colmenares con abejas que le enviaran de La Habana y, al ver que la tierra era propicia para las vides, sembró millares ahí y también en las huertas del pueblo.

Un día llegó a la casa de don Miguel Hidalgo una mujer del pueblo llevando a su hijo de la mano. Le contó a don Miguel que, por ser viuda, no podía sostener al niño ni pagarle los estudios, por lo que le pedía que lo tuviera en su casa, Don Miguel le contestó:

—Puedes irte tranquila. Aquí tu hijo estará bien. En poco tiempo aprenderá un oficio.

Cuando la señora se fue, don Miguel le preguntó al niño:

—¿Cómo te llamas hijo?

A lo que el niño respondió:

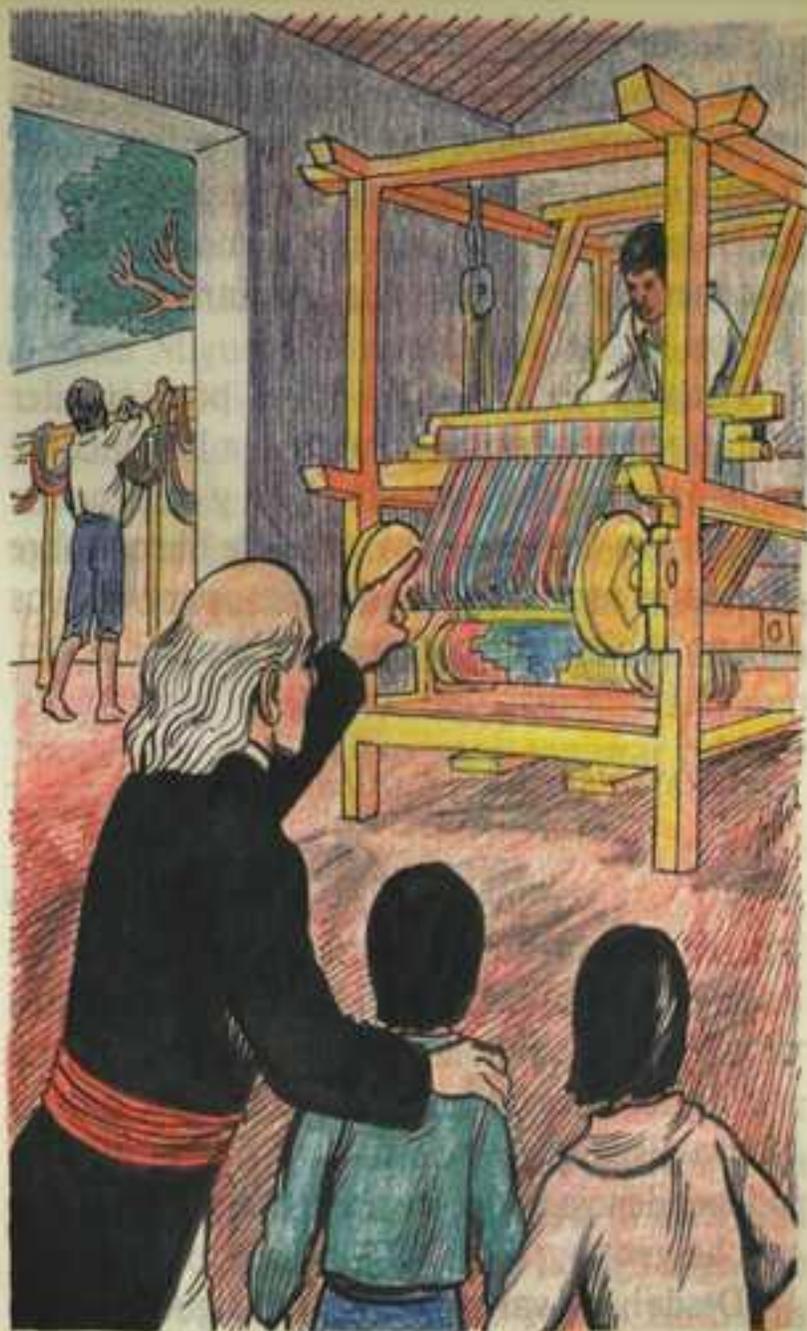
—Me llamo Pedro, señor, Pedro Sotelo.

Después, don Miguel Hidalgo le dijo:

—Pues verás, Pedro. Mañana irás conmigo a recorrer los talleres para que los conozcas; después iremos a ver las labores en el campo para que veas qué te gustaría hacer. También aprenderás a tocar un instrumento. ¿Sabías que tenemos una pequeña orquesta que, además de amenizar nuestras reuniones, toca en las fiestas del pueblo, en bodas y bautizos? Además algún día nuestra loza será la mejor, o tan bonita y fina como la de Puebla. También haremos telas de seda aunque no quiera el gobierno.

Don Miguel Hidalgo se refería a la prohibición del gobierno español de que en México se produjeran telas de calidad, para que no compitieran con las que llegaban de fuera.

Seis años después de haber llegado Pedro Sotelo a la casa de don Miguel Hidalgo dio principio la lucha por la Independencia. Pedro estuvo presente en el momento del "grito" en Dolores.



También tomó parte en el combate del Monte de las Cruces y en Aculco. Después pasó varios meses recuperándose de una grave enfermedad. Ya anciano, fue nombrado conserje de la casa de Hidalgo. Ahí escribió sus memorias, en las que cuenta cómo era la vida cotidiana en la casa de don Miguel Hidalgo.

Hidalgo no se daba a basto para atender tantas actividades. Se levantaba a las cinco de la mañana, trabajaba todo el día y en la noche organizaba lecturas en voz alta de libros sobre diferentes temas o de periódicos, para que los que no sabían leer pudieran enterarse.

—LA CONSPIRACIÓN DE QUERÉTARO—

A principios del siglo XIX, el descontento que existía en México desde hacía tiempo aumentó debido a varios mandatos de la Corona española que afectaban seriamente a la agricultura, la minería y el comercio de la Nueva España, lo que motivó que la idea de independencia fuera aceptada cada vez más por mucha gente.

Desde hacía varios meses, don Miguel Hidalgo

se había hecho amigo de personas que pensaban, al igual que él, que la Nueva España no gozaría de sus riquezas mientras fuera una colonia dependiente de la Corona española. Entre esas personas se encontraban los hermanos Juan y Miguel Aldama e Ignacio Allende, vecinos de San Miguel el Grande, hoy de Allende; el corregidor Miguel Domínguez, que había sido su condiscípulo en el Colegio de San Nicolás, y la esposa de éste, doña Josefa Ortiz de Domínguez, quienes vivían en la ciudad de Querétaro.

Poco a poco ese grupo fue formulando un plan revolucionario y de propaganda para difundirlo en muchas ciudades del reino. Asimismo cooperaban con dinero para comprar o hacer armas.

—LA CONSPIRACIÓN DE QUERÉTARO
ES DESCUBIERTA—

Para 1810 ya se habían instalado varias juntas. Gracias a la actividad que desarrollaban don Miguel Hidalgo e Ignacio Allende, funcionaban varias juntas formadas

por personas que estaban de acuerdo con la independencia de México. Había juntas en Celaya, Guanajuato, San Felipe, Querétaro. Ésta última era la más importante, por estar situada aquella ciudad en el centro del territorio y por contar con comunicación hacia todas las direcciones.

Estos grupos estaban de acuerdo en iniciar en octubre el levantamiento en San Juan de los Lagos, durante la feria, ya que en este lugar se juntaban hasta cien mil personas. Los comerciantes españoles que asistían a la feria podían ser hechos prisioneros fácilmente por encontrarse desprevenidos.

Sin embargo, los planes se vieron alterados porque alguien los delató a las autoridades virreinales. Fue al mismo corregidor Miguel Domínguez al que se le ordenó detener a todos los que fueron señalados como conspiradores en contra del gobierno.

Después de comunicarle a su esposa lo que pasaba, el corregidor Domínguez la encerró en una habitación, por temor a que doña Josefa pusiera en peligro su vida al avisar a sus amigos sobre la orden de aprehensión que existía en contra de éstos.



No obstante, doña Josefa logró ser escuchada por Ignacio Pérez, alcalde de la cárcel, quien vivía en la planta baja de su casa, éste se acercó a la puerta y, a través de la cerradura, recibió el mensaje dirigido a Ignacio Allende.

Después de pasar a San Miguel, donde no encontró a Allende el alcalde tuvo que dirigirse hasta el pueblo de Dolores. Ahí encontró, en la casa de Hidalgo, tanto a Allende como a Aldama, quienes por unos momentos quedaron consternados con la noticia de que la conspiración había sido descubierta. Mientras discutían qué hacer, don Miguel Hidalgo los interrumpió para decirles que la única solución posible era iniciar la lucha armada. En seguida le pidió a Pedro Sotelo que echara a vuelo las campanas para reunir al pueblo.

—EMPIEZA LA LUCHA POR LA INDEPENDENCIA—

Así, al amanecer del 16 de septiembre de 1810, los vecinos del pueblo de Dolores, alfareros, carpinteros, herreros y

campesinos, acudieron al llamado del padre Miguel Hidalgo y Costilla para iniciar la lucha por la independencia. Llevaban como armas sus herramientas de trabajo: machetes, cuchillos, azadones. . . Otros únicamente contaban con flechas y hondas; pero todos iban convencidos de luchar a las órdenes de Miguel Hidalgo en contra del gobierno que los oprimía, para lograr su libertad.

En poco menos de dos semanas, el ejército insurgente obtuvo una serie de rápidos y fáciles triunfos. De Dolores pasaron a Atotonilco, San Miguel el Grande (hoy de Allende), Chamacuero, Celaya (en este lugar se le dio a Miguel Hidalgo el grado de capitán general y a Ignacio Allende el de teniente general), Salamanca, Irapuato y Silao, hasta llegar a Guanajuato.

—EL EJÉRCITO INSURGENTE AVANZA—

En ese entonces era Guanajuato la segunda ciudad del reino. Su población era de setenta mil habitantes. Era una

ciudad muy rica debido a la gran cantidad de dinero que circulaba proveniente de la minería, el comercio y la agricultura.

Contaba con hermosos edificios, como los templos de la Compañía, la Parroquia y San Diego; entre ellos sobresalía la Alhóndiga de Granaditas, construida recientemente para el depósito de granos (maíz, trigo, frijol) destinados al mantenimiento de la ciudad y de los pueblos cercanos. Sin embargo, más que un granero la Alhóndiga parecía una fortaleza: hecha de piedra, con altos muros y de grandes dimensiones.

Ante la proximidad del ejército insurgente, los españoles, junto con sus familias y sus caudales, se refugiaron en la Alhóndiga, dejando que el resto de la población se defendiera como pudiera. Esta actitud indignó a los vecinos y no hizo más que reafirmar su decisión de apoyar a Miguel Hidalgo y a su ejército.

Como capitán general del ejército insurgente, Miguel Hidalgo le pidió al intendente Riaño, encargado de la defensa de Guanajuato, que se rindiera, a lo que éste contestó:

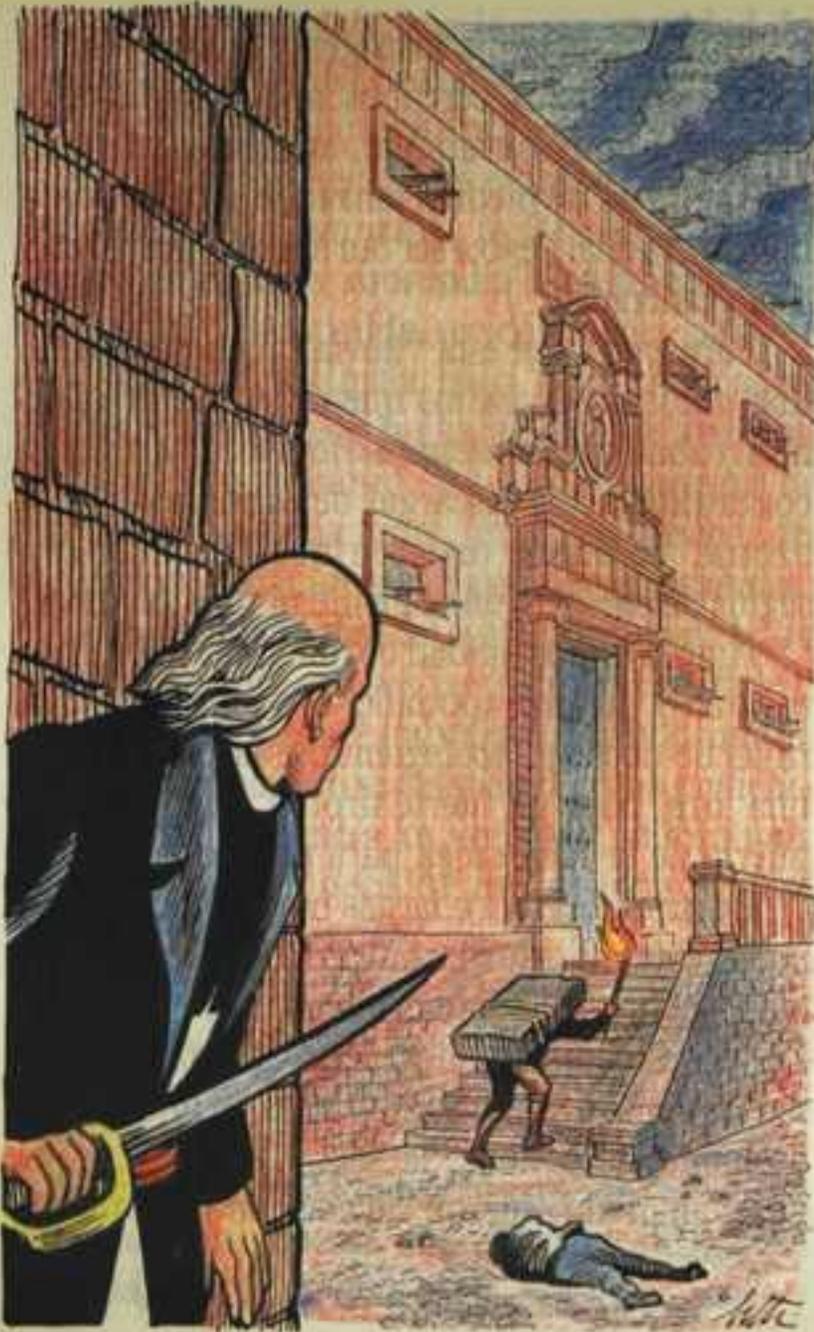
—El intendente Riaño y su gente no reconocen otro capitán general que al virrey de Nueva España.

Entonces la tropa insurgente se situó en los cerros y edificios cercanos a la Alhóndiga y desde ahí lanzó su ataque, consistente en una tupida lluvia de piedras lanzadas a mano o con hondas, la cual llegó a ser tan intensa que parecía una granizada.

Para lograr que esta "lluvia" fuera constante, una multitud de indios que se les había unido acarreaban piedras desde el río. De la Alhóndiga contestaban con descargas de fusilería desde la azotea, de donde tuvieron que retirarse para seguir disparando únicamente por las ventanas.

Ante la imposibilidad de tomar la Alhóndiga, un joven minero apodado *el Pípila* encendió rajas de ocote y, protegiéndose la espalda con una loza, bajo un fuerte tiroteo, llegó hasta la puerta de la Alhóndiga para prenderle fuego.

Después de cuatro largas horas de lucha, los insurgentes se adueñaron de la Alhóndiga. La mayoría de sus defensores fueron muertos. La tropa insurgente desahogó en este lugar su sed de venganza por tantos años de injusticia y de hambre. El maíz, la sal y la manteca que guardaban ahí, fueron sacados en sombreros.



—VERSOS A HIDALGO, ALLENDE Y ALDAMA—

Para enaltecer a sus héroes por los triunfos obtenidos, muy pronto el pueblo compuso versos:

“¿Quién al español humilla?

COSTILLA

¿Quién al pobrísimo defiende?

ALLENDE

¿Quién su libertad aclama?

ALDAMA

Todos están de tu parte

COSTILLA, ALLENDE Y ALDAMA”

—LA BATALLA DEL MONTE DE LAS CRUCES—

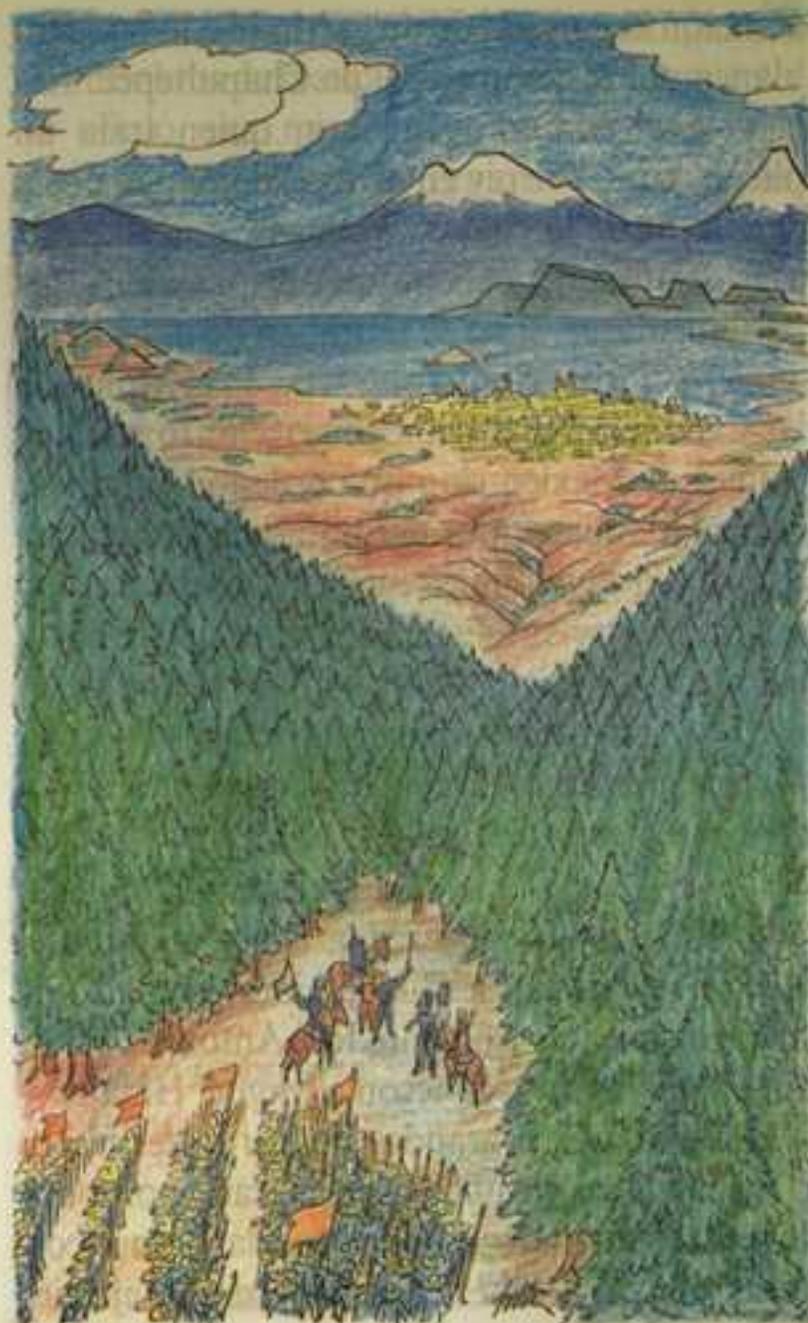
De Guanajuato, don Miguel Hidalgo se dirigió a Valladolid, ciudad que fue tomada por los insurgentes el 17 de octubre de 1810, sin que sus defensores opusieran resistencia. En ese lugar permaneció varios días organizando su tropa para salir a tomar la capital del virreinato: la ciudad de México.

Al saber el virrey, Francisco Xavier Venegas, que el ejército insurgente se dirigía a la ciudad de México, hizo salir a su encuentro dos batallones a las órdenes del coronel Torcuato Trujillo. Estando este jefe en Toluca, decidió regresar para situarse en el Monte de las Cruces, punto desde el que se domina el camino a la ciudad de México.

El ejército realista constaba de mil quinientos hombres; el insurgente se calcula en ochenta mil. Pero venían de dar varias batallas, casi no había oficiales que los dirigieran y tenían pocas armas. La mayoría de la tropa la constituían indios armados con piedras y palos, desnudos y hambrientos.

Además llevaban a sus mujeres y a sus niños. No obstante poco a poco los insurgentes tomaron posiciones ventajosas, llegando a apoderarse de dos cañones. El realista Trujillo y su ejército lograron retirarse hasta la Venta de Cuajimalpa, pero también de ahí fueron desalojados. Con lo que quedó de su ejército, Trujillo emprendió una violenta retirada hacia la ciudad de México.

A pesar de que el virrey anunció que la ciudad estaba protegida por el ejército, los habitantes estaban aterrados. El día 31 de octubre llamó la



atención la entrada de un carruaje con bandera blanca por el camino real de Chapultepec. Era el general Mariano Jiménez, quien traía un pliego para el virrey en el que Hidalgo le pedía la entrega de la ciudad. Venegas se negó a dar una respuesta y ordenó que dispararan a los parlamentarios si no se retiraban de inmediato.

A pesar del triunfo obtenido en el Monte de las Cruces, Miguel Hidalgo no avanzó hacia la ciudad de México sino que ordenó la retirada hacia Ixtlahuaca, por el camino de Toluca.

—ENTRADA TRIUNFAL A GUADALAJARA—

El ejército insurgente, con Hidalgo a la cabeza, marchaba triunfante. Ahora se dirigían a Guadalajara, ciudad que había tomado el insurgente José Antonio Torres. En Guadalajara recibieron a Miguel Hidalgo y a su ejército con grandes muestras de júbilo. “Hubo un desfile militar encabezado por todos los regimientos de caballería y bandas de músicos; luego venían el coche del generalísimo del ejército

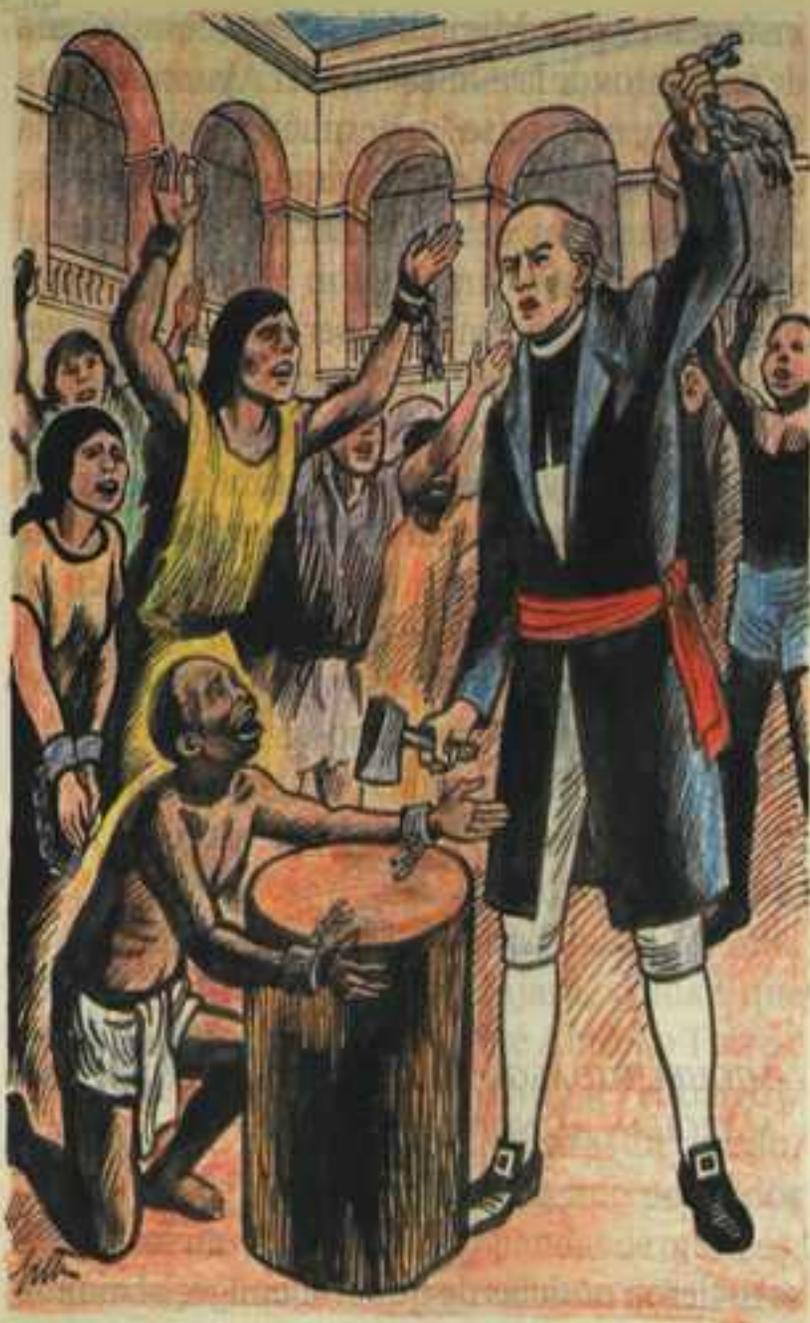


insurgente, don Miguel Hidalgo, acompañado de miembros de la audiencia y del Ayuntamiento. Se ofició una misa y después se sirvió una espléndida cena. Hubo repique de campanas, cohetes y salvas de artillería. . .” Durante su estancia en esta ciudad, don Miguel Hidalgo ordenó la publicación de un periódico insurgente, *El despertador americano*, para que la población en general conociera el decreto de abolición de la esclavitud y quienes tuvieran esclavos se enteraran de que tenían un plazo de diez días para darles su libertad. También se publicó en el periódico la orden de que fueran entregadas las tierras a los naturales y la derogación del pago de tributo al gobierno virreinal.

De este periódico salieron siete números, del 20 de diciembre de 1810 al 17 de enero de 1811.

—MIGUEL HIDALGO Y LOS JEFES INSURGENTES
MARCHAN AL NORTE—

El 12 de enero de 1811 se tuvieron noticias de que el enemigo, al mando



del general Félix Calleja, se dirigía al encuentro del ejército insurgente. Miguel Hidalgo, en contra de la opinión de Allende, decidió presentar batalla a campo abierto en un punto llamado Puente de Calderón, cerca de Guadalajara.

Después de seis horas de combate, los realistas estaban a punto de ser derrotados, pero una granada hizo estallar un carro de municiones causando un gran número de muertos entre los insurgentes. Los sobrevivientes abandonaron el campo de batalla en diferentes direcciones.

El resultado fue que los realistas se apoderaron de ochenta y siete cañones, de gran cantidad de armas y de varias banderas.

Luego de esta desastrosa batalla, decidieron Hidalgo y un grupo de oficiales y soldados dirigirse hacia la frontera norte, para tratar de obtener ayuda de los Estados Unidos. Tardaron un mes en llegar a Saltillo. En esta ciudad, Hidalgo recibió el indulto del virrey, es decir, le perdonaba la vida, a lo que don Miguel Hidalgo contestó:

—El indulto es para los criminales, no para los defensores de la patria.

Cuando se dirigían a Monclova cruzando el desierto, los insurgentes se acercaron a un lugar

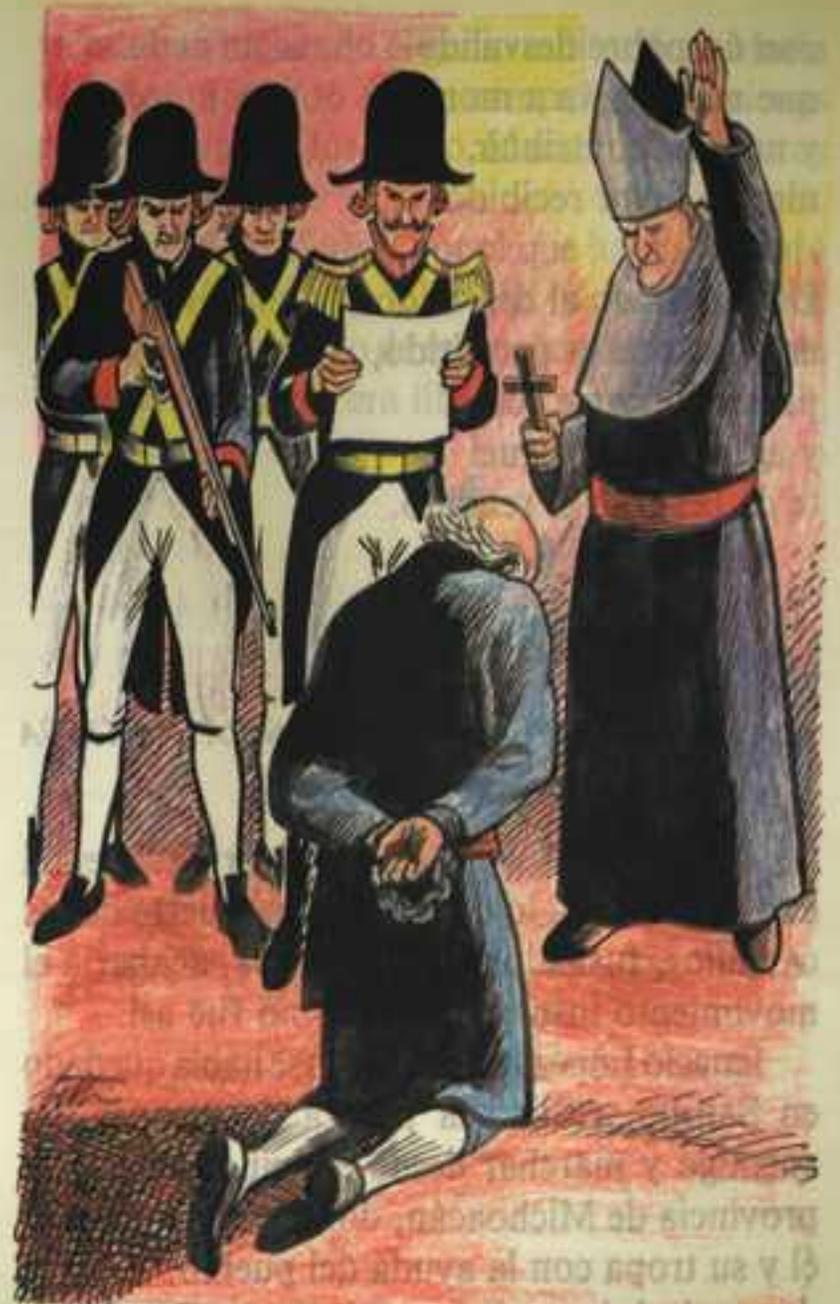
llamado las Norias de Baján o Acatita de Baján para proveerse de agua. Ahí fueron emboscados por un numeroso grupo al mando de Ignacio Elizondo que supuestamente iba a ayudarlos.

Todos fueron hechos prisioneros y juzgados; a algunos se les castigó enviándolos a trabajar como esclavos a las haciendas del norte; la mayoría fue condenada a muerte. A don Miguel Hidalgo, después de ser sometido a un penoso y largo juicio, se le obligó a ponerse de rodillas para escuchar su sentencia de muerte. Fue fusilado el 30 de julio de 1811.

Antes de morir, Hidalgo escribió unos versos en el muro de su prisión. No son los versos de un caudillo militar, sino los de un hombre sencillo que, con palabras humildes, agradece a sus carceleros, Ortega y Melchor, que hubieran compartido con él sus alimentos:

“Ortega, tu crianza fina
tu indole y estilo amable
siempre te harán apreciable
aun con la gente peregrina.

Tiene protección divina
la piedad que has ejercido



con un pobre desvalido
que mañana va a morir
y no puede retribuir
ningún favor recibido. . .

Das consuelo al desvalido
en cuanto te es permitido,
partes el postre con él
y agradecido Miguel
te da las gracias rendido.

—LA LUCHA POR LA INDEPENDENCIA CONTINÚA

El gobierno virreinal estaba convencido de que con la muerte de los caudillos, fusilados en Chihuahua, acabaría el movimiento insurgente. Pero no fue así.

Ignacio López Rayón, quien se había quedado en Saltillo, realizó la proeza de escapar del enemigo y marchar desde esa ciudad hasta la provincia de Michoacán, donde podían contar él y su tropa con la ayuda del pueblo. Y, para desgracia de los realistas, en las montañas del sur

ya estaban luchando el genio militar José María Morelos, apoyado en sus campañas victoriosas por los Galeana, los Bravo, Mariano Matamoros y otros muchos.

Para 1821, el ideal por el que había luchado Miguel Hidalgo y Costilla y tantos otros mexicanos a lo largo de once años, al fin se había logrado: la patria era libre e independiente.



INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA (INEHRM)

Secretaría de Gobernación

Coordinación:

Juan Rebolledo Gout

Begoña C. Hernández y Lazo

Textos:

Ruth Solís Vicarte

Blanca Estela López Chavarría

Ilustración:

Alberto Beltrán

Diseño:

Alvaro Vargas

Asesora:

Ruth Solís Vicarte

Teresa Matabuena

Cuidado de la edición:

Silvia Alejandra Peláez Polo

ISBN 968-805-322-8

